

LA ESCRITURA CLANDESTINA DE BALTASAR GRACIÁN

Baltasar Gracián utilizó durante muchos años un disfraz. Firmó todas sus obras con el nombre de un hermano ilusorio, Lorenzo, que pudo haber sido infanzón, e imprimió sus textos clandestinamente. Intriga esa máscara visible; descorazona esa obstinación, máxime si pensamos que el escritor se sentía únicamente un héroe de sí mismo mediante la agudeza como alma del estilo.

Otro aspecto llama la atención de este jesuita frágil y menudo, de boca minúscula y algo retraído, bilioso y melancólico a una hora incierta del crepúsculo. Todo en él parece manso, inmóvil como un mar al atardecer. Sin embargo, la paradoja mueve a la estupefacción: Gracián no se detuvo jamás. Fue un peregrino infatigable de confesionarios, lecciones magistrales y territorios. Nadie más lejos que él del éxtasis, de la manse dumbre y del aplanamiento. Acaso por ello no resulte gratuito que su obra maestra *El Criticón* adopte la forma de un largo y laborioso viaje alegórico.

Su carácter nos resulta huidizo y sombrío. Parecía indiferente a cualquier recriminación, desaplicado y zumbón. Por el contrario, existen pruebas más que evidentes de sus esfuerzos sobrehumanos, de su aplicación generosa. Desde muy joven, cautivó con sus sermones, con su elocuencia, con la energía de sus epítetos deslumbrantes. Poseía una gran facilidad para los idiomas y para los conceptos más enmarañados. Algunos han querido verlo como un hombre escindido en dos mitades: aquí, el orador, el jesuita, el alumno de Dios; allá, dentro, el filósofo, el erudito, el orfebre de un mensaje sellado en complicada hermosura. Tenía un acusado sentido de la amistad, pero era sincero y contundente en sus juicios. Amaba la filosofía, las grandes narraciones, la poesía y la pintura. Tras haber jugado, como su admirado Marcial, en los cerros de Bámbola y en las aguas ardientes del Jalón, en cuyas márgenes amenas nació en 1601, su adolescencia transcurrió en Toledo. Vivía con su tío Antonio Gracián, con el que llevaba una existencia algo espartana de misas y traducciones del latín y del griego. Cursó sus estudios en el colegio de los jesuitas y se solazaba en la



MURIENDO.

ASSI Q^e NACE BESTIA Y MURIE MUY PERSONA. PERO NO SE HA DE DEZIR Q^e MURIÓ AGORA, SINO QVE ACABÓ DE MORIR, CVANDO NO ES OTRO EL VIVIR Q^e VN IR CADA DIA

atmósfera umbrosa de las capillas escuchando los discursos del discípulo de San Ignacio de Loyola, Pedro Sanz, que le inculcó la vocación. El joven se acuclillaba en un banco y esperaba que subiese al púlpito: lo veía erguido y nimbado de un fulgor mortecino, con su voz evocante, con aquel ardor de fe que brotaba de su garganta. Creía que era un poseso: un iluminado de Dios que hablaba de una vasta región de ruinas, fuentes murmuradoras y vientos de bonanza, en cuyas alas se agitaban las almas errantes de los condenados a la eternidad. Después de una jornada provechosa, su tío le enseñaba los misterios de la ciudad: las platerías, las callejas empedradas y angostas, el claustro dormido de la catedral con su olor a higueras mojadas, los talleres de los artistas o aquellos cuadros insólitos e inquietantes de figuras alargadas que pintaba El Greco. Aprendió a mirar Toledo desde el otro extremo de los jardines de acacias: se veía la urbe como encajonada en la colina, encerrada sobre sí misma en un prisma decrepito de piedra y sombra, de adarves y campanarios, que se despeñaban ante un río inmenso de puentes y norias.

Hacia 1619, con el grato recuerdo de la capital de la espiritualidad española, se encontraba preparando el noviciado en Tarragona. Tres sustantivos definen su estancia: religiosidad, dedicación y entrega. Además de perfeccionar sus conocimientos, cada domingo partía con los novicios de pueblo en pueblo a enseñar la doctrina cristiana y a pedir limosna; alternaba ese oficio con la protección y confesión a los enfermos de los hospitales. Allí hizo buenos amigos y cosechó sus primeras enemistades. Le entró una especie de manía persecutoria contra los valencianos, que eran los preferidos del centro. A Gracián, su presencia le sugería cierta incomodidad que se agravaba con un malestar general cuando pisaba sus territorios. Entonces, decía que lo asfixiaba el clima y que le sajava los ojos aquel paisaje exuberante de azahar, alcahofas y arrozales. Debemos agregar que por vez primera experimentó el deseo de convertirse en misionero en ultramar y que escribió su primer texto: una necrológica y biografía del hermano Vallsebre, albañil y carpintero de la escuela, en la que demostró formidables condiciones. Mientras cursaba sus estudios de teología en Zaragoza, le encargaron una elegía similar en honor del padre García de Alabiano. Entre sus páginas, Gracián deslizó esta intuición premonitoria: «Hablaban poco y así le quedaba tiempo para obrar mucho».

Gracián comenzó a sentir de veras la atracción de la literatura y una de sus perniciosas aficiones: encerrarse en las bibliotecas horas y horas con la única compañía de los textos de Marcial, Nebrija, Ovidio y Virgilio. Eso ocurrió durante su permanencia como profesor de gramática, teología moral y filosofía, en Calatayud, en Lérida y en la Universidad de Gandía. En la ciudad levantina se volvió áspero y nostálgico, y su único instante de solaz lo experimentaba en el momento en que disponía libremente de los libros de teología, moral, historia y literatura. Sus biógrafos relatan que la mayor alegría de aquellos días no fueron sus clases, ni sus amistades con los alumnos, ni siquiera el ámbito floral y arcádico de los alrededores, sino un importante envío de volúmenes para la biblioteca escolar. La leyenda lo dibuja concentrado y

ausente con su largos hábitos y el bonete negro, pero a la vez lo presenta rebelde, interiormente atormentado y herido por la intolerancia, tomando notas y vaciando manuales. Para algunos aquella obstinación había adquirido la categoría de un vicio y para otros empañaba su disposición ecuménica y profesoral.

Cuando lo trasladaron al colegio de Huesca como maestro y confesor, Gracián recuperó la vitalidad. Estaba a punto de culminar su primer libro e inició la mayor amistad de su vida con Vicencio Juan de Lastanosa, un aristócrata y erudito que poseía un mansión extraordinaria con más de siete mil volúmenes seleccionados, un jardín asombroso de estatuas y manantiales y una completa armería. Desde los primeros tiempos, el sabio le entregó las llaves de las puertas secretas y le ofreció todas sus pertenencias. Baltasar Gracián fue inmensamente dichoso entre los muros de la fortaleza. Se sentía invadido por un aire de curiosidad inagotable, por un viento marino de sabiduría. Al atardecer se solían organizar tertulias literarias con Lastanosa, el cronista Uztarroz, el canónigo Manuel de Salinas, infausto traductor de Marcial, y el propio Gracián. En muchas ocasiones, entre los jardineros franceses que cuidaban las rosas de Alejandría y pintores jóvenes que copiaban del natural, aparecían músicos que hacían sonar sus violines, las guitarras y los laúdes.

En Huesca tampoco halló el sosiego. Su actitud condescendiente con los descarriados y los que cometían «algunas flaquezas con mujeres» originaba denuncias y críticas, movidas por los celos. Sus continuas salidas al palacio de Lastanosa, no eran bien vistas. El escritor evidenciaba un talante indócil e incluso provocador. Don Vicencio lo entendía como nadie: fue el primero que se percató de la riqueza de matices de su escritura, de la lucidez de sus pensamientos y de su percepción ética. La edición de *El Héroe* —que, según el propio hijo de Lastanosa, le fue arrebatada de las manos por el sabio oscense— incrementó el malestar. El libro apareció fechado en Calatayud en 1637 y firmado por el infanzón Lorenzo Gracián. El empleo del seudónimo era habitual en aquella época, pero el jesuita había eludido una obligación que le imponía la orden: «Nadie debe publicar escrito alguno sin que primero lo vea el propósito general».

El Héroe (1637) es un tratado de estética y moral sobre la singularidad y la excelencia. El autor describe un ideal de conducta y de hombre que lo llevará no a ser héroe del mundo, sino un varón digno de los cielos, acreedor a una meta sublime y traspasada de pureza. Este volumen tiene una doble continuación en otros dos textos de indiscutible calidad y hondura: *El Político* (1640) y *El Discreto* (1646), impresos ambos por Lastanosa. El primero es una diáfana meditación política en una etapa de crisis y escepticismo, y también un elogio del que considera el monarca insuperable: nada menos que Fernando el Católico. Y el segundo, perfecto de lenguaje, de concentración y de belleza verbal, es una guía sobre la elocuencia, la elegancia, la delicadeza, la dicha y la seducción. Observada en su totalidad, se lograría un modelo incomparable de comportamiento virtuoso. «Enseña a un hombre a ser perfecto en todo», resumió Gracián. Los tres libros se imprimieron con seudónimo, igual que

Agudeza y Arte de Ingenio (1642), una síntesis incomparable de la preceptiva del Siglo de Oro, pero a la vez es un tratado del estilo, entendido éste como una búsqueda meticulosa de la ecuación indisoluble entre fondo y forma.

El escritor ratificaba, página a página, su madurez, la profundidad de su inteligencia, la adivinación de un descalabramiento social. Desde una perspectiva humana, su grandeza no le iba a la zaga. Tanto en Tarragona como en Lérida había conocido los rastros de las guerras, los rostros ajados de los soldados, la polvareda que deja tras de sí la caballería enfurecida y la intimidación irritante de las esperas en el pozo de las trincheras. En Tarragona, durante el asedio del general francés La Mothe, con la sotaña recogida y entre el silbido de la pólvora, corría a los muros de protección para aliviar con ejemplos y parábolas las pesadillas de los combatientes. Con mesurados consejos lograba alejarlos de las barraganas e incluso los convencía para que recuperasen restos de los saqueos de las iglesias. En más de una ocasión, silueteado por la delgada luz de la luna, se vio a Gracián escarbando entre los escombros de las demoliciones y apañando monedas que le mandaba a su amigo Lastanosa. En la guerra de Cataluña en Lérida, algunos años después, se comportó con la dignidad y la gallardía de un mariscal. Era el único capellán del cerco. Con una voz aflautada, exhortó a los soldados con un discurso exultante, de tal modo que una vez que les otorgó la bendición y arrebatados todavía por una emoción celestial, gritaron: «Peleemos».

Retornó a Huesca, donde volvió a encontrar a Vicencio Lastanosa. El erudito pasaba por una mala época, dado que su hija Catalina quería ingresar en un convento contra su voluntad. No obstante, Gracián siguió franqueando sus puertas y reposando en la umbría de sus huertos; gozaba de su biblioteca con la misma libertad de antaño y encontraba allí el cariño y el afecto de siempre. Publicó dos nuevos libros: *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647), una colección de aforismos extractada por el propio Lastanosa, y la reimpresión de *Agudeza y arte de ingenio*. Ese volumen compendia los conocimientos y las lecturas clásicas de Gracián, así como algunos homenajes de cariño a Miguel de Salinas, traductor de Marcial.

El ligero distanciamiento de Lastanosa coincide con un aislamiento paulatino de Gracián. Su brillantez y su arrogancia suscitaban rivalidades por doquier. Era franco y leal, y no escamoteaba un juicio preciso, aunque fuese duro. A Salinas le criticó el romance *La casta Susana*, torpe de ejecución y exento de expresividad en la exposición de los conceptos. Éste, cuando apareció la primera parte *El Crítico* (1651), se despachó a su antojo diciendo que era un «maremágnum de necedades». Ese juicio lo compartieron otros muchos e incluso en Valencia circuló un libelo contra el aragonés. A su alrededor se generó una retórica de sórdido silencio. Cuando en 1652 fue nombrado el nórdico Goswin Nickel nuevo general de los jesuitas, indagó acerca del conflictivo Gracián y ordenó a Jacinto Piquer, responsable de los loyalistas en Aragón, que averiguase si el «padre Baltasar Gracián ha sacado a luz, con nombre ajeno y sin licencia, algunos libros poco graves y que desdicen mucho de nuestra profesión». El autor no se amilanaba ni mostraba arrepentimiento. Ni pareció amedrentarse

cuando Nickel exigió que se «vigilen estrechamente las manos, los papeles y el aposento de Gracián». Tenía una gran firmeza, seguridad en sí mismo, y no le importaba incurrir en reiteradas imprudencias. Solía decir, con ironía: «Me impiden que imprima y no me faltan envidiosos, pero yo todo lo llevo con paciencia y no pierdo la gana de comer, cenar, dormir...». Aún escribió otras dos entregas de *El Criticón* y, antes de la aparición de la última, le mandó muchos fragmentos a Lastanosa para que los corrigiese y purificase; una vez que se los remitió el humanista, completó la novela en otra edición clandestina, firmada por Lorenzo Gracián. La osadía ahora había excedido el aguante de los jesuitas. Sufrió reprensión pública, se le impuso un ayuno a pan y agua, se le desposeyó de su cátedra de escritura en Zaragoza y fue enviado al frío y desahucado colegio de Graus. ¿Cuáles eran los contenidos de *El Criticón*? El volumen está concebido como un viaje alegórico o una novela filosófica de gran complejidad, escrita desde el desencanto. A través de sus dos protagonistas y tres etapas de la vida (adolescencia, madurez y ancianidad), Gracián acreditaba una gran capacidad de observación cuyo talante crítico, y aun satírico, lo absorbe todo: reflexiona sobre la fugacidad de la vida, la inocencia, la crisis del país, y lo hace con un idioma cortante y preciso, claramente conceptista, pero a la vez denso en metáforas, en juegos de palabras y en empleo de aragonesismos.

Unos meses más tarde, Gracián fue rehabilitado. Pidió que lo cambiaran de orden, pero no llegó a recibir la respuesta. Fue trasladado al colegio de Tarazona. Su débil salud apenas resistió la dureza de las escarpadas callejas, el sonido de retamas y llovizna de los claustros, la humedad de la invernada. El Moncayo empezó a coronarse de nieves. Descendía un viento huracanado y helador desde las cumbres. Baltasar Gracián, ínfimo entre las columnas de la catedral y los árboles del amanecer, más miope que nunca y pesimista, fue incapaz de resistir aquel ambiente de edificios mudéjares, hiedras y campanas vespertinas, azotado por el cierzo. Un instante antes de expirar, llamó a un hermano a su lado y le dijo: «Que nadie se lamente. Con la muerte de Lorenzo, el impostor, el que no existió jamás, nace a la verdadera vida Baltasar Gracián». Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche serían de los primeros en captar la intensidad de sus huellas, la música horizontal salpicada de cuervos y graznidos que ha visto Antonio Saura escondida entre los símbolos y el humor mordaz de *El Criticón*.

20

